



EL HOMBRE DE LA LUNA

SOBRE ERNST JÜNGER

Hans Blumenberg

PRE-TEXTOS

HANS BLUMENBERG, *El hombre de la luna: sobre Ernst Jünger*, edición de A. Schmitz y M. Lepper, traducción de Pedro Madrigal, Pre-Textos, Valencia, 2010, 268 pp. ISBN 978-84-92913-67-1. (*Der Mann vor Mond. Über Ernst Jünger*, Suhrkamp, Frankfurt a. M., 2007).

ALGO constante en las obras de Hans Blumenberg es su rechazo al pensamiento heideggeriano; en diversos capítulos de *El hombre de la luna. Sobre Ernst Jünger* vuelve a dejarse entrever. Los siempre meticulosos e intuitivos análisis de este pensador —que ha dedicado sus esfuerzos no sólo a la filosofía sino también a la literatura—, en el caso particular de esta obra, están centrados en la crítica a los enfoques políticos y teóricos del *nuevo teólogo* (p. 15), Ernst Jünger. Las obras de Blumenberg están dirigidas a lectores de todo tipo, especialistas o no; requieren estar despiertos y alertas en todo momento, puesto que, *inesperadamente*, como diría Ortega, aparece en escena, lanzada al mundo, una reflexión genial que nos revela una *revolución copernicana* en la forma de entender a un autor o un tema en concreto.

Las relaciones de Jünger con Hitler o Schmidt (p. 154) —de ahí, como veremos, los despechos de Blumenberg a Heidegger (pp. 132 y 136)—; su ataque al judaísmo, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial (pp. 15, 32 y 61); su crítica a la técnica (p. 109), la cual comparte con Heidegger, y por eso lo critica Blumenberg; su compatibilización del nihilismo y el trascendentalismo (p. 61); la búsqueda del experimento y no de la cosmovisión, esto es, de la investigación y no del sistema metafísico *acabado*, lo cual expresa el espíritu científico moderno (p. 17); su extremada relación con el platonismo (pp. 49, 87, 164 y 169) y, por ello, su posible teología política a través de de “las características mágicas y gnósticas del neoplatonismo” (p. 35); su obsesión por la vida de Nietzsche (p. 139); su opinión sobre temas que todo el mundo desconoce (p. 148); el sentido de la vida (p. 99); que Darwin, y toda teoría científica, tiene un *subsuelo* socialburgués (p. 129). Todos ellos son, entre otros, rasgos destacados que Blumenberg encuentra en obras como *Heliópolis*, *El trabajador*, *Sobre los acantilados de mármol* o *El corazón aventurero*.

El hombre de la luna se centra en aspectos concretos, a menudo relativos a la vida de Jünger, para entresacar ideas de éste y dar una crítica desde su perspectiva. El título de tal obra hace referencia especial a dos de sus capítulos (pp. 41 y 159) donde relata la perspectiva de la realidad de Jünger (p. 45) y describe los desechos-huellas del hombre como huidas (p. 162).

La crítica de Blumenberg a Jünger, al estilo de los primeros en este género, es constructiva. Aunque “ninguna edad de la sabiduría sirve de dispensa” (p. 126) a las comparaciones y analogías que Jünger realiza, y que son objeto de crítica severa de Blumenberg en varios capítulos del libro, este “coraje” conceptual y falta de gusto debido a sus “curiosas asociaciones” (p. 155) y a sus excéntricos vínculos le sirven a Jünger para entrelazar situaciones por él vividas y crear la literatura visionaria y con tendencia a la perfección que tanto impresionó a Blumenberg.

El diario es la forma literaria con la que mejor expresa Jünger sus ideas; con él muestra la legitimación y la procedencia de éstas, esto es, el *camino* argumentativo (p. 14). Fiel a su estilo literario, Blumenberg explica sus reflexiones con metáforas, e incluso, esta



vez, metaforizando en base a las propias de Jünger, sobre todo en los casos en que reprende el “esteticismo” de éste (pp. 59 y 155).

Una sorpresa que nos encontramos nada más nos lanzamos a leer esta succulenta obra es que no trazamos una conexión *clarividente* entre la diversa temática que de los entretenidos e ingeniosos capítulos se desprende. Puesto que la obra es una recopilación póstuma de diversas reflexiones de Blumenberg sobre el pensamiento político-social y teórico-científico de Jünger que se desencadena a partir de sus obras literarias, he aquí la *ratio cognoscendi* de este desconcierto (o, como diría Marx, *ilusión*): la conexión es implícita, pues todas ellas constituyen, en conjunto, la mirada crítica de Blumenberg sobre quién fue Jünger, intelectual y biográficamente. Estos dos rasgos aparecen en el conjunto de las reflexiones que contiene la obra. Tal vínculo se nos muestra, además, a través de los aspectos más originales e influyentes que Jünger ha dejado a la posteridad, para bien o para mal. Con ello, esta tácita unión temática revela un elogio crítico de la figura espiritual que Jünger representa en su época (p. 14). Todos los capítulos contienen citas de obras de Jünger, pasajes de su vida o bien ambos. Finalmente, en cada uno de estos capítulos encontramos una idea que añadir a la cosmovisión blumenbergiana sobre Jünger, de manera que cuando llegamos al final y releemos los títulos de cada capítulo, *intuimos* (continuando con la metáfora cartesiana, al que Blumenberg cita para metaforizarlo con Jünger, p. 152) tales conexiones. La brillante elocuencia verbal de Blumenberg nos facilita la tarea.

El «sentido de lo curioso» de Jünger, caminante del bosque *no* heideggeriano (p. 152), hace que él mismo se nos presente como un amasijo de neoplatonismo (p. 144), cultivo de la literatura futurística (“visionario”, p. 134) y librepensador (“sin programa”, p. 133). La crítica de Blumenberg a Jünger resulta siempre provechosa; su aportación no sólo recae en proporcionar una nueva *perspectiva* que ayude a desentrañar la figura de Jünger, gracias en parte al uso filosófico que hace de las metáforas (p. 153), sino que, como en todos sus escritos, ayuda a comprender la realidad de la historia y del pensamiento (como dijimos, “espíritu de la época”), en este caso, del siglo XX. Si Jünger, en ocasiones, encuentra sentido en aquello que no lo tiene (“falsa importancia”, p. 126), Blumenberg, por el contrario, no sólo descubre sentido en aquello que antes pensábamos que no tenía, sino que, al hallarlo, el propio sentido que antes se tenía de ello cambia; Blumenberg encuentra otra “forma” de ser *sentido*.

Víctor Páramo Valero